

—Pues bien; reuníos cincuenta, y aún así, quiera Dios que no haga el Diablo que escape vivo.

—¡Cincuenta contra cuatro! ¡Sería un asesinato!—insistió Pérez despreciativamente.

—Cincuenta dije—prosiguió Peyrolles con tono glacial,—y añadido que han de ser cincuenta hombres valerosos y resueltos.

—¡Por el Cristo de Vergara! ¡Ni que fuera el mismísimo Satanás!

—Pariente próximo. Cuando se bate es terrible. Supongo que no por eso tendréis miedo.

Las miradas de todos centellearon. Se necesitaba toda la audacia del mayordomo de Gonzaga para decir á contrabandistas navarros que podrían tener miedo.

—No tenemos miedo ni á él ni á nadie. Tanto más, cuanto que en el desfiladero de Pancorbo puede detenerse á un ejército entero; pero hay una cosa en que tal vez no habéis pensado, monseñor.

—¿Cuál?

—Que la parte de cincuenta no es igual que la parte de cinco. Hay que verlo todo, y hablando se entiende la gente.

—Tenéis razón, y triplico la suma. Quizás la multiplique por diez cuando me llevéis su espada á Zaragoza.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

VI

Una mujer contra ocho hombres.

Jacinta no había perdido una palabra de la conversación, y reflexionaba que la historia que le había contado Peyrolles al llegar no tenía nada que ver con el cobarde complot urdido. Hacía mucho que conocía al mayordomo. La primera vez era muy niña, y como no desconfiaban de ella, se enteró de que había fracasado en Benasque el rapto de una joven, y oyó nombrar varias veces á Lagardère. Aquella vez los viajeros le hicieron varias finezas, de que la Vasca conservaba buen recuerdo.

Ella misma había recordado todo esto á Peyrolles al volver á verle después de tantos años, lo que no hizo maldita gracia al factótum; pero improvisó inmediatamente su novela, y merced

á unas monedas de oro consiguió que la Vasca le prometiese no dar noticia de ellos á nadie que fuera á preguntar. Pero la mujer no era tonta: recordó lo pasado sospechoso, lo relacionó con lo presente, y reflexionó. ¿Porqué estaba tan triste aquella doncella vestida de novia? ¿Por qué le habían recomendado tanto que no la dejara salir ni de su cuarto siquiera? ¿Y qué pito era el que tocada Lagardère en todo aquello?

—Los vascos somos leales—había dicho á las jóvenes prisioneras.

Era verdad, y por eso lo que acababa de oír sublevaba su ánimo. Le causaba soberano desprecio el hombre vil que á precio de oro emboscaba á cincuenta para asesinar á uno solo. Necesitaba aquél ser muy valiente para que le soltasen tantos asesinos; y como ella era también valiente, no concebía que nadie pudiera ser tan cobarde. Peyrolles creía contar con ella como aliada; pero con su bajeza la había tornado en peligrosa enemiga.

Tuvo que dejar de escuchar para llevar vino á los *enrodados* de Gonzaga; pero ya sabía lo bastante, y las instrucciones que para el buen éxito de la ejecución daba el mayordomo á los contrabandistas no la interesaban mayormente. En cuanto entró en la sala, Montaubert, que

estaba ya más que á medios pelos, la abrazó por el talle y quiso besarla; pero la Vasca se desasíó con vigor, y le puso á raya amenazándole con abofetearle. Todos aplaudieron lanzando *bravos* extruendosos, y ella salió de la estancia y volvió á su observatorio de la cocina. Los contrabandistas acababan de repartirse el oro, y Peyrolles les decía:

—Ya lo sabéis, pues: á vuestros puestos desde mañana al mediodía; y si queréis ganar honradamente vuestro dinero, hay que hacer que el último estertor agónico de Lagardère *salga de la garganta de Pancorbo*.

Despidióse de ellos y tornó al lado de Gonzaga, á quien dirigió una mirada de inteligencia, deslizando en su oído las cuatro palabras:

—¡No entrará en España!

—Cerrad las puertas—ordenó el Príncipe á la hostelera,—y no recibáis ya á nadie. Estos caballeros y yo no nos acostaremos esta noche: queremos divertirnos. Subid, y decid á esas damas que no se inquieten si oyen barullo y bullanga.

—Probablemente estarán ya en el lecho—repuso Jacinta;—pero voy á ver, y les daré el mensaje si no se han dormido aún.

La vasca envió á dormir á su hermano y á las sirvientes, y subió al aposento de las damas. Le abrió la puerta doña Cruz. Doña Aurora, de ro-

dillas ante un crucifijo, oraba. Jacinta le preguntó si había estado ya en España, cerca de Benasque.

—¿Quién os lo ha dicho?—repuso sorprendida la joven.

—¿Qué importa? Responedme francamente. ¿Conocéis al caballero Enrique de Lagardère?

—¡Oh, sí! ¡Es mi salvador, mi novio! Debíamos estar casados ya.

—¿Quién sois, y porqué hacéis esas preguntas?—interrogó á su vez la gitanita.

Jacinta pareció no haber oído: cogió la mano de Aurora y la besó.

—Ya sé lo bastante. No os metáis en la cama, permaneced las dos vestidas, y luchad con energía contra el sueño. Volveré dentro de dos, ó quizás de tres horas. Aguardadme. ¡Ah; otra pregunta! ¿Quiénes son los que os acompañan?

—¡Miserables cobardes!—rugió Flor.—Somos sus prisioneras.

—Miserables y cobardes, sí; eso ya lo sabía, y lo otro lo sopechaba.

Las dos jóvenes se acercaron anhelantes á la hostelera.

—¿Qué podéis hacer por nosotras?

—Devolveros la libertad, ó por lo menos intentar lo—repuso la Vasca irguiendo la cabeza.—Quizás haya gran peligro; pero no hay

nada imposible en el mundo, con la ayuda de Dios y con buenos ánimos.

Aurora y Flor la besaron agradecidas.

—Y si no puedo salvaros—prosiguió Jacinta con gran energía,—os prometo que á él le salvaré. ¡Paciencia, pues; orad y esperad!

Y se fué. Las dos amigas se abrazaron muy conmovidas.

—¿Podemos creer á esta mujer?—preguntaba la Duquesita.—¿Qué irá á suceder esta noche?

—¡No sé, no sé! Parece leal y buena. Mira, hermanita: en nuestra situación no debemos rehusar la ayuda de nadie.

—¡Dios me libre! ¿No has oído que quiere salvar á Enrique? ¿Estará él también en peligro?

—¡Naturalmente! Mientras no nos haya sacado de las garras de Gonzaga...

Aurora cayó de rodillas.

—¡Gracias, gracias, Dios mío!—oró con fervor.

—¿Por qué das gracias á Dios?—preguntó doña Cruz, creyendo que su amiga desvariaba.

—Por la buena nueva.

—¿Por qué buena nueva?

—La de que vive y continúan temiéndole: porque si está en peligro, es porque le temen y le preparan asechanzas; y si todavía aquí, á su

paso por la frontera, sucede eso, es que sigue sus huellas.

—Es mucha verdad: no había caído en ello, hermanita. Pero ya ves cómo hallamos aliados donde menos lo esperábamos. Debemos, pues, confiar, no perder la esperanza.

Mientras tanto la hostelera había bajado á la sala del festín.

—Aquí me tenéis, señores. Esas damas descansan. La puerta está cerrada. Podéis reír y cantar lo que queráis, pues no hay nadie que os escuche.

—¡Y al que se atreva á escuchar, le apalearemos!—exclamó Nocé.

—Aquí tenéis Málaga, Jerez, Cariñena, Valdepeñas y Murcia como no los beben mejores los reyes de Francia y de España, á quienes Dios guarde. ¡Bebed, caballeros! Yo voy á buscar mi vaso.

En breve reapareció con un vaso que tenía medio cuartillo de cabida.

—¡Dos dedos de vino de esta bota, Monseñor!—dijo á Peyrolles.—Es tradición en Bayona que la hostelera, si es joven, beba con sus huéspedes.

Estalló una tempestad de aplausos. El mayordomo llenó el vaso de la Vasca y los de los otros.

—Probadlo solamente: yo me encargo de beber el resto.

La bota contenía, por lo menos, tres pintas. Todos prorrumpieron en un grito de admiración: los truhanes se prometían una gran orgía.

Estaban ya muy calamocanos. El barón de Balte apenas logró ponerse en pie para brindar; Oriol derramó el vino por el mantel; Lavallade se subió á la mesa tambaleándose, y Taranne le tiraba de los pies para hacerle caer.

—Á ese paso, señores, ¿adonde iréis mañana?—preguntó Jacinta.

—¡Á ver salir el Sol al otro lado de los Pirineos—contestó Montaubert.—Pero apuesto á que no lo hallamos. ¡Páreceme á mí que sólo sale en Bayona cuando nuestra huéspedea abre los ojos!

La Vasca posó la mano en el hombro de Gonzaga y murmuró:

—Qué Dios os acompañe en vuestro viaje; pero tened cuidado con los Pirineos. Hay muchos que los suben por un lado, y no pueden bajarlos por el otro.

Estas palabras produjeron gran algazara.

—Esta hermosa—dijo Taranne—tiene el vino triste. Debe de ser alergic para el amor.

—Tienes razón—afirmó Nocé.—¡Un beso, preciosa!

Pero al alargar la mano para tocarla recibió en la cara la copa que le arrojó Jacinta. Lavallade quiso abrazarla, y de un empujón de la Vasca fué á rodar bajo la mesa. Montaubert adelantó sonriendo: era el más fuerte y el más sereno, pues hasta el Príncipe, desde que supo lo pactado por su mayordomo con los contrabandistas, se había tranquilizado y menudeó las libaciones; pero la hostelera jugaba con una navajita catalana que sacó de la cintura, y el *enrodado* retiró la mano ensangrentada, sin que llegara al cuerpo de la española, que apretaba los dientes, y de cuyos ojos brotaban acerados rayos.

—Pero ¿no beben vuestras señorías? ¿Nadie quiere acompañarme? ¡Pues beberé sola! ¡Tengo sed!—exclamó ella al cabo de un momento llenando de nuevamente su copa.

Poniéndose á gatas Lavallade en el suelo, le agarró el extremo de la falda; pero soltó al sentir que la bella le bautizaba con vino.

Ella, sin tratar de huir, se defendía de todos, los mantenía á raya, y parecía complacerse en excitarlos.

—¡Bebed, bebed, señores! ¡Vuestras gargantas están más secas que las rocas de Pancorbo!

Al oír estas palabras Peyrolles levantó vivamente la cabeza y trató de leer en los ojos de Jacinta; pero ésta se servía de beber tranquila-

mente del vino de la bota, no queriendo mezclarlo en su estómago con otro alguno. Á poco empezó á cantar una canción vasca. No tardaron mucho en hallarse todos borrachos perdidos: hasta Gonzaga se había dormido.

Lanzándoles una mirada despreciativa subió á la habitación de las jóvenes, á quienes pidió que le contasen por qué estaban allí y qué podían esperar ó temer. Doña Cruz se sorprendió de aquella petición, y receló algún lazo.

La hostelera adivinó su desconfianza, y se dirigió con preferencia á Aurora, la cual le relató los últimos sucesos. La mesonera abrazó á la Duquesita con los ojos llenos de lágrimas. Nadie había visto nunca llorar á Jacinta la Vasca.

—¡Pobre niña!—murmuró.—Seáis quien seáis, confío en salvaros.

—Cierto—replicó la joven;—no sabéis ni nuestros nombres.

—Reservadlos: adivino que deben de ser muy nobles. Creed que no obro por interés, y que sólo pretendo auxiliaros en vuestro infortunio. Me habéis dicho cuanto quería saber, y no necesito más.

—Sin embargo, yo también tengo algo que deciros.

Se interrumpió, y fué hasta la puerta para escuchar, como había hecho ya dos ó tres veces antes.

—¿Tenéis miedo de que os escuchen?—interrogó doña Cruz—¿Dónde están?

—Están borrachos.

—¿Todos?

—Todos. Y no sin trabajo: he tenido que darles un narcótico en el vino, y no podrán ponerse en pie antes de dos horas. Al obrar así lo he hecho en interés vuestro y mío, porque con esos libertinos me hubiera sido imposible defenderme de otro modo. ¡En fin, eso está resuelto!

—¿Qué era lo que queríais decirme?

—Que no se reduce todo á defendernos nosotras, sino que tenemos que proteger á los demás; es decir, á Enrique de Lagardère y á sus amigos.

—¡Oh! Lagardère no teme nada ni á nadie

—dijo sonriendo doña Cruz,—y lo mismo les sucede á los que le acompañan.

—Sin embargo, tendrán que temerlo todo si á su paso por Bayona no les advierten que en la garganta de Pancorbo, que es acaso el más peligroso de los desfiladeros entre Francia y España, estarán apostados para asesinarle cincuenta contrabandistas y mendigos. Pero lo sabrán á tiempo, porque yo me encargo de prevenirlos. Es necesario evitar que un cobarde parapetado tras una roca pueda matarlos de un tiro.

—¿Quién ha preparado semejante asechanza?

—¡No puede ser sino Gonzaga!—murmuró Aurora.

—¿Á quién llamáis Gonzaga?

—Al más alto; al que obedecen todos.

—No ha sido él: ha sido un viejo flaco vestido negro, especie de bergante lacayuno que debe de obedecer órdenes superiores.

—M. de Peyrolles.

—No sé si se llama así; pero él ha tramado el complot, y por eso vine á traer á dos débiles mujeres el apoyo de otra que no temió nunca nada por sí misma.

Aurora la estrechó entre sus brazos.

—¡Gracias, gracias, señora! ¡Mi agradecimiento será eterno!

—Bueno; ahora lo importante es que vuestro novio, el caballero de Lagardère, no tenga que llegar á la garganta de Pancorbo porque antes os halle libres.

—¿Será posible?

—Libres dentro de una hora, si queréis..., y si podemos—afirmó Jacinta.—Escuchadme. Bajo esta ventana hay un jardín. La altura no es mucha. Bajaréis por medio de una escala de cuerda que hay en ese baul. ¿Podréis hacerlo?

—¡Oh; sí, sí!—respondieron ambas jóvenes.

—En el jardín—prosiguió la huésped—estaré mi hermano oculto tras un bosquecillo, y

se os presentará en cuanto lleguéis á tierra. Seguidle sin pronunciar palabra, ni aun para preguntarle adonde os conduce. Quizás tengáis que estar ocultas todo un día sin ver el Sol, porque vigilarán las puertas de la ciudad y tendréis que ir por caminos secretos al campo. Pero no os asustéis ni de la oscuridad, ni del hambre, ni de la sed, ni de nada. Cuando menos lo penséis os encontraréis en pleno campo, y tendréis que hacer á pie largo camino por la montaña por senderos que sólo pisan los pastores y sus cabras. ¡Y antes que se me olvide! En el caso de que se frustrara esta tentativa de fuga, ¿os maltratarían vuestros raptores?

—No creo que se atrevieran. Redoblarían su vigilancia en adelante.

—Muy bien. Entonces, haréis lo que os he dicho, y llegaréis á una cabaña vasca, á la cual iré yo en persona á buscaros para devolveros á los brazos de vuestro caballero Lagardère.

Aurora y su amiga lloraban de júbilo. Abrazaban y besaban á la hermosa hostelera para testimoniarle su profunda gratitud.

—He ahí mi plan. Creo en su buen éxito; pero como hay que preverlo todo, hasta un fracaso, debo advertiros que es indispensable que, á los ojos de nuestros raptores, yo ignore vuestra evasión, con objeto de poder prevenir más

tarde al caballero del atentado de Pancorbo.

—Sucedá lo que quiera—repuso Aurora,—contad siempre con mi cariño; y si recobro la dicha con la fortuna, disfrutaréis de ella.

—Gracias. No quiero abandonar este país. Pero voy á avisar á mi hermano. Dentro de cinco minutos estará en su puesto. Entretanto me voy con esos borrachos, que no despertarán hasta el amanecer, con la cabeza pesada y los ojos turbios. Entonces estaréis ya á salvo.

Dicho esto sacó la escala de cuerda, la aseguró á las patas de la cama y la dejó caer hacia el jardín.

—¡Que Dios os proteja! Acaso no vuelva á veros; pero siempre tendré la satisfacción de haber hecho todo cuanto podía por sustraeros del poder de vuestros raptores, de esa cuadrilla de cobardes.

Sus grandes ojos negros se miraban en los dulces ojos azules de Aurora, estando cogidas de las manos la hija del duque y la hija del pueblo. Luego se abrazaron con cariñosa efusión. Sus cabellos y sus labios se juntaron. Doña Cruz reclamó también su parte.

—¡Hasta pronto, ó adiós para siempre!—dijo por fin Jacinta.

Y bajó rápidamente á la sala, donde Gonzaga y sus secuaces, embriagados, continuaban durmiendo.